

PEPE PÉREZ. UN RECUERDO DESDE EL ETNOGRÁFICO

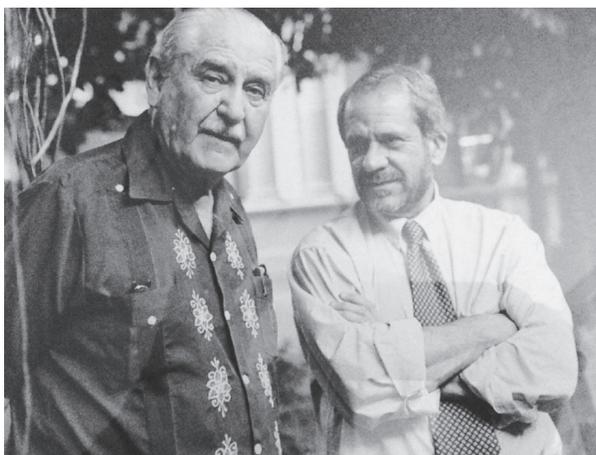
*Marta Dujovne**

El 24 de mayo de este año murió José Antonio Pérez Gollán, historiador, arqueólogo, investigador, docente universitario, director del Museo Etnográfico de la UBA y del Museo Histórico Nacional, amante de la literatura y del arte. Transgredió las fronteras disciplinarias para enfocar la mirada con mayor amplitud.

Apenas dos años antes, el 23 de agosto de 2012, la Academia Nacional de Bellas Artes le había entregado el premio Gratia Artis, “una distinción de particular trascendencia, plena de afecto y memoria, que se entrega a las personas y trayectorias que consagraron su vida a la difusión y el estudio del arte”. Emocionante distinción para quien había sido durante dieciocho años director de un museo no de arte, sino de ciencias sociales.

Sus años al frente del Museo Etnográfico marcaron una renovación profunda en la concepción misma de esa institución.

El Etnográfico tenía una importante historia como centro de investigación y de docencia enfocado sobre todo en la arqueología, que había construido amplias colecciones como herramientas



* Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Asesora de proyectos. E-mail: martadujovne@gmail.com

de interpretación y enseñanza, pero con un interés muy menor en lo que podría ser la transferencia a un público general. Solo durante cortos períodos se había planteado de un modo consistente otro tipo de relación con el conjunto de la sociedad.

Con toda claridad, Pepe Pérez había planteado en la propuesta elevada al Consejo de la Facultad antes de su nombramiento que “la función última de los museos es difundir, con las mejores técnicas y métodos, la totalidad de conocimientos que permiten rescatar y valorar el patrimonio cultural de una nación para beneficio de una sociedad en general”. También se trataba de recuperar el carácter pluricultural de nuestro país y de rechazar la distinción entre pueblos con y sin historia.

Hacer realidad estos enunciados significaba mucho más que abrir las puertas los fines de semana y requirió un esfuerzo prolongado en planos muy diferentes. Fue necesaria una adecuación edilicia dentro de los límites impuestos por la escasez de recursos y de espacio, y por la antigüedad del edificio. También hubo que encarar problemas de conservación y documentación del patrimonio, pero sobre todo, el armado de equipos adecuados a las nuevas propuestas, interesando a arqueólogos, antropólogos sociales y educadores en las problemáticas museológicas, logrando instancias de formación de recursos humanos para concretar finalmente el trabajo conjunto imprescindible en un museo moderno.



El olvido de las viejas diferencias entre exposiciones arqueológicas y etnográficas, la presentación de procesos históricos y sociales, la exigencia de guiones conceptuales sólidos como paso previo a las exposiciones, la presencia del diseño y la dimensión estética en estas, y la intervención del área educativa en la elaboración de las muestras renovaron por fin completamente los modos de exponer no solo del Etnográfico sino en general de los museos de antropología en nuestro país. También se multiplicaron los programas para escolares y para el público general, mientras el museo continuaba siendo el lugar de trabajo de equipos de investigación, recibía investigadores para consulta de colecciones en sus depósitos y también se proponía reflexionar sobre su propia actividad.

Pepe Pérez fue un hombre de museos a lo largo de toda su vida: los disfrutó como visitante; los transitó y usó como arqueólogo que estudia sus colecciones; los habitó, los pensó y los peleó como director.